

LAS PRIMERAS IDEAS

REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

3.º ÉPOCA—AÑO III

MONTEVIDEO, MARZO 15 DE 1895

TOMO IV—N.º 10

REDACCIÓN

Chile y la Argentina

Uno de los sellos característicos del espíritu moderno es esa tendencia de unión, de paz y de amor, del ser humano hacia el ser humano.

Los pueblos como el hombre, después de pasar en su adolescencia por ese período díscolo de la irritabilidad nerviosa, entran luego por la senda fecunda de la meditación reflexiva que excluye todos los apasionamientos soberbios y todas las arrogantes ambiciones; el sentimiento predominante, llega, como un rayo de luz, á disipar la obscura atmósfera de los odios y de las rencillas, despertando á los corazones aletargados en la ciega ofuscación de las exaltaciones políticas.

Así como ha muerto ya la edad de piedra en la evolución etnológica, así también ha muerto ya la edad de piedra en la evolución moral; esa edad caracterizada por la fría materialidad de un ideal de granito, fuerte y poderoso, elucubrado en la imaginación degenerada de los Césares; esa edad en que se vislumbraba el progreso y la civilización al través de una batería colosal eternamente sacudida por convulsiones de guerra y de conquista.

Y hacemos estas digresiones ante la murmuración creciente de ese choque inconcebible entre los dos Estados americanos que, por su desenvolvimiento social y político, representan cada cual, dentro de sus propias y distintas organizaciones, el más alto grado de la estabilidad republicana y la expansión más fecunda de la libertad y de la democracia.

No calificaremos, sin embargo, de osada la propaganda enérgica de la prensa bonaerense llamando al pueblo á ocupar su puesto, á afilar sus armas en las Sociedades de tiro, á prepararse para la lucha en caso necesario, y á cumplir, cuando las circunstancias lo requirieran, ese deber sagrado que con tanto ardor proclamaba Nelson en vísperas de la batalla de Trafalgar; es una explosión comprensible del patriotismo argentino, siempre vibrante en el corazón y en la idea de esos valerosos ciudadanos; pero los que desde aquí, donde únicamente nos guía en nuestros juicios una imparcialidad recta y desinteresada, observamos esos arrebatos, justificados por el sentimiento de la patria, no podemos á menos que considerarlos extemporáneos, porque nunca se llegaría á la solución aleatoria de las armas sin entrar antes en el serio terreno de la discusión internacional para colocar en su justa posición al intrincado mojón de San Francisco.

Y si, como se pretende, la pasión del engrandecimiento material pudiera llevar á Chile á ese extremo reprobado, ¿cree, acaso, fácil desgarrar una sola membrana, un solo tejido al fuerte organismo nacional argentino, sin que más tarde se levantara todo él, compacto y entusiasta, á reclamar por la fuerza ese girón arrebatado á su cuerpo querido?

El triunfo de cualquiera de las dos potencias no sería más que una fuente eterna de malquerencias y de rivalidades hostiles siempre amenazantes á la paz y á la estabilidad americanas.

Un ejemplo desmoralizador en la historia moderna, pone de relieve todas las desgraciadas consecuencias de la conquista en nuestros tiempos: la sangrienta refriega del 70, en que Francia juró á Alemania una venganza terrible después de aquel tratado memorable de Versalles, y esa venganza terrible no tendrá por fundamento los millares que del pueblo francés obtuvieron las férreas exigencias de Bismark, sino las dos hermosas Provincias substraídas á la unidad nacional que han llegado á producir en la política de la Europa contemporánea, ese estado de tensión internacional que consume entre el moho de las armas la vida de las naciones, demostrando que el hombre no ha nacido para vivir en subversión continua con el hombre, sino para unirse alguna vez en un abrazo supremo y escalar así las regiones puras que le brinda el progreso y la civilización.

Y si en nombre de las aspiraciones modernas que tienden á hacer prevalecer la humanidad sobre la fuerza, la idea sobre el bronce, no conseguimos separar nuestra preocupación sobre un estremecimiento sudamericano, lo hacemos por medio del recuerdo, que al sólo eco de una conflagración posible se iergue como herido en sus más íntimas afecciones, mirando hacia los Andes, hacia el pasado, hacia ese origen brillante y común de la vida independiente de la América latina.

Historia Nacional

Al comenzar á leer, hace algunos días, en la biblioteca del « Cuartel General », como cariñosamente llamamos los estudiantes á la Sección de Estudios Preparatorios, la cuarta edición del « Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguai », por el doctor don Francisco A. Berra, recientemente editada, creíamos, con sinceridad, que hallaríamos en aquellas páginas muchas i mui importantes rectificaciones á los juicios que en anteriores ediciones de su obra ha dado aquel ilustrado historiador sobre acontecimientos i personajes del Uruguai.

La historia del jénesis de este país, desde el día en que la bandera revolucionaria halló brazos robustos que la pasearan triunfante, como símbolo de un pueblo que consultaba sus energías vitales i se sentía fuerte i capaz de llenar una misión, independizado del odiado tutelaje secular, está por demás conocido, por lo menos respecto al conocimiento de los propósitos i consecuencias jenerales de aquellos días de lucha, i ninguna voluntad, ninguna palabra, ningún esfuerzo, sea cual fuere su origen, podrá empañar la verdad de aquellos hechos, robando gloria á los héroes que los consumaron.

Es así que, « escrita » ya la historia uruguaya de aquella época, volvemos á repetir, que escrita respecto del conjunto de los acontecimientos, pues su especificación no es obra de un siglo, breve tiempo en la vida de las sociedades, admira cómo hai todavía inteligencias vastísimas é ilustradas que, aparentando un extraño desprecio á los hechos conocidos,

continúan con criterio encuadrado en el viejo espíritu egotista de la jeneralidad de los historiadores « porteños », desfigurando notablemente los sucesos del pasado.

Somos enemigos de emplear la frase que hiera, porque siempre hemos creído que en su empleo queda lastimada la propia dignidad del que la usa. Pero en este caso, no nos arrepentimos de haber escrito la ya conocida palabra con que un distinguido polemista uruguayo calificó al espíritu que preside á las creaciones históricas de los hombres de letras de la otra orilla.

Sí; es el « viejo espíritu porteño » el que habla por boca del ilustrado doctor Berra, cuando éste pretende sentar la monstruosidad histórica de que « la Banda Oriental fué constantemente parte de la provincia de Buenos Aires, ó de las Provincias Unidas, *hasta 1817, i aún después de 1825, hasta que se le dió la independencia de que hoy goza.* »

Monstruosidad histórica, sí: no tiene otro nombre.

El despertar magnífico de la raza en 1811, la chispa revolucionaria encendida hasta en los villorrios perdidos en la inmensidad de los montes, la lucha jigantea de Artigas, el bravo caudillo, grande entre los grandes, valiente i abnegado hasta el sacrificio, la marcial i soberbia jornada de Las Piedras, el brillante triunfo de San José, el prolongado i penoso sitio de Montevideo i la acción decisiva del Cerro, la lucha desigual i reñida con el español, dueño i poderoso señor, i la lucha no menos cruenta con el ambicioso i aguerrido imperio, la resistencia grande, casi portentosa del sentimiento nativo contra las inconfesables maquinaciones de los gabinetes políticos

de Buenos Aires i Río Janeiro, i las complacientes potencias de la Europa, — el éxodo oriental, el sublime momento histórico del año 16, página bastante á glorificar al caudillo i á las 16,000 almas que veían en él la encarnación del sentimiento injénito de la libertad, — la cruzada redentora el 19 de Abril, los treinta i tres, — la vigorosa carga á sable que hizo todo un triunfo inmortal en el Sarandí, — la acción atrevida del Rincón de las Gallinas, — Ituzaingó... ¡La lucha i el triunfo!... Todo eso es nada para el doctor Berra. Él cree, en su sistema pedagógico, que la historia no tiene por misión reseñar batallas i combates. Basta citar acontecimientos, aunque sufra la verdad de la leyenda patria, i terminar diciendo: «La independenciam de que hoi goza la República Oriental, la que aún después del año 25 era parte de la Provincia de Buenos Aires, le fué dada por un decreto de dos naciones, el año 28!» Así convenía á dos países poderosos i así se efectuó. El esfuerzo nativo equivalía á nada, ó en todo caso, como suponen los historiadores porteños, su obra no era más que una consecuencia de la revolución de Buenos Aires, pues Belgrano decidió el pronunciamiento de Asencio (sic), Las Piedras fué un triunfo de soldados argentinos, solo de argentinos las victorias del Cerrito é Ituzaingó!...

Sí, cien veces sí; es el «viejo espíritu porteño» el que empaña i tuerce los vigorosos talentos de los que, como el doctor Berra, Mitre, Sarmiento, López i otros, han pretendido desfigurar nuestra historia. Espíritu orgulloso, con legítima razón, de los días de gloria de Buenos Aires, pero ofuscado á la vez por su egoísmo i soberbia de pueblo de raza.

Es el mismo espíritu de localidad que llama dos veces traidor á Artigas, i que no quiere verlo en su primera i pretendida traición, atravesando el Plata para ir á ofrecer su espada de criollo prestigioso á la revolución, i que tampoco quiere verlo después de su segunda i también pretendida traición, ir acompañado de 16,000 almas, en cuyo seno estaba el alma del pueblo oriental, á su triste campamento del Ayuí, á su grande, soberbio, excelso ostracismo!

Es ese, sí, es ese mismo espíritu localista que mira en Ituzaingó á los bizarros soldados argentinos, aquellos que habían paseado triunfantes por unas i otras faldas de los Andes á los colores de Mayo, i no ve, no quiere ver á los 3,000 jinetes denodados que corren á la lucha fanatizados por el bravo Lavalleja!...

Sí; Artigas, para el doctor Berra, continúa siendo un bandolero: primero, en su juventud i aun en su edad adulta, hasta que los acontecimientos hacen de él el más prepotente de los caudillejos que en la Banda Oriental, Córdoba, Entre-Ríos, Santa Fe i Corrientes sintetizan la barbarie, la resistencia del elemento inculto al poder centralizador de la ciudad,— el elemento culto i directriz de la asociación política.

Artigas es el gaucho ignorante pero suspicaz; sin noción alguna de ciencia militar; pobre bárbaro que firmaba, sin comprenderlos, pues ni aun leer sabía, los documentos que sus Secretarios le ponían por delante; ambicioso vulgar que se valía de la palabra «federación», que sonaba bien á sus oídos, para extender su predominio en las provincias del occidente del Río de la Plata. ¿I nada más?... Traidor, ¡oh! eso fué varias veces.

Hoy se insinúa una traición más. Nosotros nunca habíamos oído hablar de ella, y por lo tanto tampoco sabemos si ha sido levantado el nuevo cargo... Por lo demás, éste es simplemente ridículo. ¡Artigas dispuesto á entrar en arreglos con los « godos » de Montevideo en 1814! Artigas, él, el que prometía batir con « perros cimarrones » á los españoles, si llegaran á faltarle soldados! El que, valorada su cabeza en seis mil pesos por el Directorio de Buenos Aires, exclamaba con soberana grandeza: « con los porteños siempre tendré tiempo de arreglarme; con los españoles, jamás! »

Insensiblemente nos hemos ido más lejos de lo que nosotros pretendíamos al comenzar este artículo, pues no fué nuestro ánimo vindicar á Artigas de los calumniosos cargos que se le han hecho y que el doctor Berra repite con mal disimulada complacencia, y mucho menos cuando autoridades tales como De-María, Ramírez, Maeso, Fregeiro, Pereyra y otros, le han dado el verdadero lugar que merece en la historia del Río de la Plata.

De lo que sí protestamos, en nombre de la juventud estudiosa que representamos en esta Revista, es de esa tremenda afirmación de que nuestra soberanía como pueblo constituido, resultó del peso y de la medida de las conveniencias de dos pueblos más poderosos.

Protestamos sí, de esa ciega afirmación que pretende barrer con toda la leyenda patria, la sucesión heroica de hechos que, nacida en los humildes ranchos del pueblito de Belén, termina después de largos y cruentos sacrificios en Ituzaingó glorioso, último eslabón de esa lucha en que palpita á cada

paso el varonil deseo de la independencia, una como intuición de una mañana libre i sin traba alguna.

¿Cómo llamaremos á la fuerza prodijiosa que lanzó á los pueblos uruguayos á la lucha contra los soldados del poderoso señor de dos mundos, habiendo sido su jefe, Artigas, « el único guerrero de la Independencia del Rfo de la Plata que jamás disfrazó sus sentimientos con la hipocresía del homenaje tributado á Fernando VII, ni tuvo una sola hora de vacilación y cobardía en la profesión del dogma republicano? » (1)

¿Cómo llamaremos al altivo sentimiento que guiaba á los orientales en su lucha titánica contra el agresor coloso brasileño?

¿Cómo llamaremos á la patriótica resistencia del abnegado *Jefe de los Orientales* al poder egoísta i desleal de la fuerte Buenos Aires?

¿Qué idea, qué sentimiento bullía en la cabeza de los treinta i tres cruzados, al lanzarse á una lucha desigual i casi imposible?

Si la pequeñez territorial i la pobreza de recursos no permitió cumplir á los pueblos uruguayos una misión más determinada en el sentido del verdadero objetivo de sus luchas legendarias, no por eso puede negarse los verdaderos i valiosos títulos que había adquirido para la conquista definitiva de sus derechos desligada *de hecho i derecho* de Buenos Aires, centro poderoso de fuerzas i riquezas.

Artigas no luchaba por otros ideales que por los proclamados en las célebres Asambleas de Abril i Diciembre de 1813; luchaba por los principios fe-

(1) *Carlos M. Ramírez*, Artigas, página 426.

cundos en bienes del federalismo, por la representación provincial, por los derechos de los pueblos á participar todos ellos en la organización i en los beneficios de la obra nacional. ¿No es esta la idea mater de la patria?

Cada uno de los hechos de la historia oriental, es como un presentimiento del hecho magno: la independencia.

Artigas, *Jefe de los Orientales*, fué el precursor de la nacionalidad, — i la cruzada de los Treinta i Tres el sello más sublime de aquella fulgurante esperanza vislumbrada por los bravos que, desde que tuvieron conciencia de su propio valer, soñaban cosa tan grande, tan bella, pero ¡ai! tan difícil de consumarse.

Si la realización del hecho magno era imposible en aquella turbulenta é incierta época, si había que esperar á que nuevos sucesos marcaran nuevos rumbos, no por eso puede desconocerse que el Uruguai, en inmensa parte, se debe á sí mismo, á su propia fuerza i voluntad, la libertad de constituirse como mejor le acomodara.

La participación activa de los orientales en Ituzaingó, no es un hecho aislado; aquellos valientes parecía que adivinaban los resultados del gigante desafío á muerte.

Éste debía ser, después de diez i seis años de sangrienta riña, el término feliz de toda una vida de lucha!

En los campos uruguayos crecían hermosas pasturas, alimentadas por el abono jeneroso de la sangre de los que cayeron en la pelea; pero qué importaba! — la chispa de esperanza nacida en Belén, era ahora todo un nimbo grandioso de luz de gloria!

Mariano C. Berro.

COLABORACIÓN

Cuadros y Paisajes

I

EL CERRITO

La tarde agoniza...

Los últimos temblores de su vida agitan en convulsiones misteriosas á los aires dormidos; el cielo, azul y triste, se vuelve pálido, muy pálido, como las pupilas de una enferma, y de su seno infinito llegan tremantes, hasta los campos mudos, las vastas oraciones del crepúsculo...

Allá en el fondo encendido del horizonte, entre unos árboles sombríos y solitarios, obscurecido por el vago resplandor de la luz fría y neurótica, hincha el Cerrito su lomo enorme como una inmensa joroba en la uniformidad monótona de nuestras llanuras; el camino del Reducto, largo y blanco, va á morirse, como un río de espuma, sobre las laderas del monte enano, allí entre unas plantaciones exuberantes, entre unos rectángulos bicoloreados por el negro intenso de la tierra recién sembrada y el verde lozano de los almácigos rebozantes de vida y de frescura...

El sol sigue bajando... ¡los cielos, como vírgenes inocentes, se van enrojeciendo más y más al caer en los brazos de la sombra poblada de crímenes y de horrores. El Cerrito se cubre entonces de una bruma gris, como si en su calvicie inmensa se ciñera un yelmo de acero, y el sol ensangrentado y deforme cae rápido, casi rodando, por la curva profunda del fir-

mamento lívido para lanzar allá en la cúspide de la montaña miniatúresca sus últimas arcadas de luz!

El Cerrito se esfuma entre la noche que sonríe misterio trás el labio trémulo de la primer estrella...

El Cerrito se muere en un acceso de tiniebla.

Hip.

Apuntes sobre Teoría Literaria

BOLILLA VIII

(Continuación)

Pero como el lector de una obra no puede hallarse alucinado sino por breves momentos, se deduce que el arte moderno, para producir una convicción duradera, debe tomar sus imágenes en la misma realidad, y organizarlas como si las viese organizadas en la vida que ellas representan.

Tal es el medio de hacer *verdadera* á una obra de arte; pero no debe confundirse un *medio* con un *objeto*, y no debemos dar al arte, por fin ó por objeto, un *ideal cuantitativo*.

Respecto á la *cualidad*, el arte se halla dividido en dos tendencias: la primera lleva al artista hacia las armonías; la segunda lo conduce á colocar en el arte la vida bajo todos sus aspectos, con todas sus opuestas y diversas cualidades, y con todas sus disonancias también.

La tarea del genio consiste en *equilibrar* esas dos tendencias.

Y cuando un escritor no busca este equilibrio;

cuando en su delirio por la realidad, llega á describir los detalles más insignificantes, que por lo mismo carecen de importancia para nosotros; cuando enumera y especifica las piedras de una calle ó los árboles de un prado, deja de ser escritor para convertirse en paisagista, y concluye por ser víctima de lo que llamamos *falso realismo*.

De igual modo, cuando en el artista predomine lo ideal sobre lo real, á tal punto que lo primero llegue á obscurecer por completo lo segundo; cuando nos quiera conducir, por medio de sus obras, á un mundo inmensamente distinto del nuestro; cuando nos quiera hacer simpatizar con seres también distintos de los que acostumbramos á ver en nuestra vida diaria; en una palabra, cuando no consiga equilibrar las dos tendencias mencionadas, dejará de ser artista, y concluirá también por ser víctima del *falso idealismo*.

3. El rol que la fealdad y las disonancias desempeñan en el arte, se ha explicado y se explica por algunos, en virtud de la ley de los contrastes, en virtud de la necesidad de sensaciones variadas para despertar la sensibilidad.

Es un hecho cierto que un cielo siempre claro nos fatiga, y que por lo tanto lo hallamos menos bello cuando podemos contemplarlo por semanas enteras, que cuando lo vemos por primera vez después de una tormenta de algunos días.

La sombra vendría á ser así, una amiga de la luz; y, en general, lo feo tendría por objeto hacer resaltar mayormente lo bello.

Sin embargo, para Guyau, este no es el papel principal de la fealdad y de las disonancias en el arte. La

vida es una lucha continua; es un teatro inmenso donde tienen lugar los más variados dramas; y la conciencia de la vida tiene, como corolario inmediato, la conciencia de las dificultades vencidas.

Ahora bien; como nosotros no podemos simpatizar ni entrar en sociedad sino con seres vivientes; como no nos sentimos conmovidos más que por la representación de la vida individual y social, se deduce que un cierto grado de fealdad, de disonancia, debe entrar, como elemento esencial, en el arte.

Las disonancias no son, pues, más que una forma exterior de las dificultades y miserias inherentes á nuestra propia vida social.

Lo perfecto, lo impecable, no podría interesarnos, puesto que adolecería del defecto de no tener *vida*, de no estar en relación y en sociedad con nosotros mismos.

§. La vida, tal como nosotros la conocemos, excluye lo perfecto y lo absoluto, y por lo mismo, el arte moderno debe hallarse fundado sobre la noción de lo imperfecto, como la metafísica moderna, sobre la noción de lo relativo.

El objeto del escritor debe ser, pues, producir en el lector la *totalidad* de la emoción que él describe, exponiendo *el menor número posible* de los síntomas exteriores ó interiores de esa emoción. Debe, por lo tanto, escoger entre esos síntomas, no los más *visibles* sino los más *fuertes y contagiosos*.

ADVERTENCIA: Antes de ceder la pluma á nuestro amigo don Domingo Veracierto, quien se encargará de la conclusión de estos ligeros apuntes, deseamos

corregir tres de los muchísimos errores que se han deslizado en estas páginas, motivados por descuido de los mismos tipógrafos.

Al final del primer párrafo de la Bolilla VI, hay una oración que dice... «y afirman que la belleza reside en los objetos otros mismos, y que por lo tanto es absoluta.» La palabra *otros* debe seguir inmediatamente á la conjunción *y*.

En la página 180, línea 11, del presente tomo, existe un paréntesis «(y no)» que obscurece por completo el sentido de la frase; suprimase ese paréntesis, y la oración recobrará su sentido exacto.

En ese mismo número 8, existe un error de compaginación; error que se salvará fácilmente, siguiendo el orden numérico de las páginas traspuestas.

No mencionamos otros muchos errores que existen, por creerlos de menor importancia, y porque abrigamos la seguridad de que el lector los habrá ido corrigiendo á medida que aparecían.

E. B.

Tesis para optar al grado de Bachiller

POR JUSTO CALCINARDI

LA HISTORIA NATURAL EN EL PERÍODO MODERNO

CRITERIOS GENERALES

(Conclusión)

La circulación de la sangre y de la linfa sucede en un sistema complicadísimo y enteramente cerrado

de tubos que se anastomosan entre sí, y subdivididos indefinidamente penetran en los más diminutos espacios, llevando á cada tejido los elementos reparadores y trayendo los productos de la secreción y de la descomposición.

Se ve, por consiguiente, cómo prevalecen en la constitución de los sistemas que componen el organismo animal, las formas tubulares, y esto está en completo acuerdo con el hecho embriológico de la aparición de tubos formados por el arrollamiento de las hojuelas primitivas, cuales formaciones elementales iniciales, y primeras entre ellas el « archénteron » en la « gástrula » y la « nota primitiva » base del eje cerebro-espinal.

Del ectoderma derivan, la epidermis con sus apéndices, pelos, uñas, glándulas cebáceas, etc., el cerebro, la médula espinal, y según Haeckel, los riñones. De origen entodérmica son, la mucosa intestinal y las mucosas glandulares en género, comprendiendo también los pulmones, que se consideran como glándulas cuya secreción es gaseosa, es decir el ácido carbónico.

Del mesoderma vienen los huesos, los cartílagos, los músculos, los tendones, las aponeurosis, etc.

En la gástrula de todos los vertebrados aparece en el centro una línea á la cual se ha dado el nombre de nota primitiva y que se va haciendo más y más profunda, hasta llegar á formar un verdadero canal que es el tubo medular primitivo, debajo del cual está un cordón, la cuerda dorsal, que se mantiene durante toda la vida sólo en bufoxus y en algunas especies acuáticas y que en los demás animales se reabsorbe formándose en su lugar la columna vertebral.

La cuerda dorsal es el primer signo de la división del organismo en dos partes semejantes, una derecha, la otra izquierda, del mismo modo que la formación de las vértebras por segmentación de los cordones vertebrales primitivos, constituye la metameria, que se observa en las lombrices, en los pescados, en los anfibios, en los reptiles, en los pájaros, en los mamíferos.

El estudio de la formación de los órganos y de los sistemas con las hojuelas primitivas susdichas, es interesantísimo é importante, como lo es también el ir siguiendo las fases porque atraviesa el organismo en la vida embrionaria. Los estudios embriológicos han dado una nueva confirmación y puede decirse que son el más válido punto de apoyo de la teoría evolutiva en el mundo animal. Se ha dicho, y con verdadero fundamento científico, que la ontogénesis es un resumen de la filogénesis; hoy los caracteres morfológicos del embrión en sus varios estados de desarrollo, se conocen, y no tan sólo en el hombre, sino también en muchas especies de animales, y se van cada día haciendo nuevas investigaciones acerca del modo particular que tiene cada tejido en su desarrollo. Es cierto que para llegar á un conocimiento completo de las modificaciones de los elementos constituyentes de los tejidos, hay mucho que andar todavía, y se precisan instrumentos especiales, de una perfección que no se ha alcanzado y estudios más profundizados.

Esta ciencia, que remontándose á las formas más sencillas indaga los orígenes, es todavía muy nueva, como he dicho antes, y aunque haya dado pasos gigantados en un período de tiempo relativamente

breve, es un error creer que haya resuelto toda clase de cuestiones, y es mucho pretender exigirle la demostración de los orígenes primitivos de la materia, de la fuerza, de las leyes que rigen al universo.

Pero dejemos este punto sobre el cual se ha disertado tanto entre sabios de todas las escuelas.

Á la altura á que han llegado hoy las ciencias naturales, y particularmente con los resultados del estudio paleontológico y embriológico, nos encontramos delante de un gran número de clasificaciones de los organismos animales, los cuales tienen su base en uno ó más caracteres importantes que se relacionan, ó con las actividades fisiológicas, ó con los datos anatómicos, ó con las afinidades en el desarrollo. Por ejemplo, se han dividido los animales, antes en gastrulados y en agastrulados, después en cordados y en acordados; más adelante los vertebrados se distinguieron en amnióticos y en anaunióticos; después en alantoideos y en analantoideos. Al primer grupo pertenecían los mamíferos, las aves y los reptiles; al segundo, los anfibios y los peces. Más tarde los vertebrados se han dividido en Ittiópsidos, que comprenden los peces y los anfibios, en saurópsidos que comprenden los reptiles y los pájaros; en Teriópsidos á los cuales pertenecen los mamíferos. Es muy probable que al descubrir algún carácter nuevo, común á muchas especies y constante, haya necesidad de modificar también esta última clasificación.

Las clasificaciones, tan útiles en las ciencias, tienen su base en la anatomía comparada y en la fisiología, y los adelantos que se hacen en estas dos ciencias, inducen á modificar las divisiones que se han hecho y se hacen de los seres en grupos distintos según sus afinidades.

Los vegetales que presentan caracteres morfológicos claramente diferenciables, como también los animales superiores, son hoy muy bien estudiados, y las clasificaciones que de éstos se hacen según sus caracteres morfológicos, no tendrán, tal vez, que experimentar grandes cambios; pero no puede decirse lo mismo en el campo del microscopio, adonde, con los medios ópticos y de coloración que hoy poseemos, no se llega á una diferenciación absolutamente clara entre los microorganismos, que número prodigiosamente grande ocupan el espacio.

Es verdad que se ha podido conseguir la reproducción de muchos de ellos; se ha podido separarlos de los fragmentos de substancias con las cuales podían estar mezclados; que se hacen de ellos culturas en colonias; pero de esto á establecer entre ellos clasificaciones exactas y particularizadas, hay mucho que andar todavía. Hay especies de microorganismos que no se puede establecer si pertenecen al reino animal ó al vegetal, tanta es la semejanza entre ellos.

Es positivo que el estudio de este reino invisible á simple vista, cuya importancia biológica atestiguan los hechos de cada día, las epidemias, las fermentaciones, etc. . . está todavía en sus principios, y es indudable que con el tiempo se hará fecundo de ulteriores grandes aplicaciones científicas.

Veamos ahora sobre qué criterio se apoyan los naturalistas para juzgar del grado de perfección de un animal, y, por consiguiente, para dividir los organismos según la importancia de su organización morfológica y de sus funciones.

Uno de estos criterios es el de diferenciación de los órganos, es decir, el hecho porqué distintos fun-

ciones que en un animal son cumplidas por un solo órgano, en otros se hacen por acción de órganos distintos. Por ejemplo, Amoeba es falta de toda organización, y por alimentarse envuelve en su protoplasma y absorbe de tal manera el alimento; respira con toda su superficie, se reproduce por división, cumple movimientos voluntarios, que falta de un sistema nervioso y muscular especial. Más adelante, en la escala zoológica, las Medusas poseen un aparato común para la digestión y la circulación; el mismo hecho aparece á menudo en los Equinodermos y en los Vermes. En las especies superiores, al contrario, para las distintas funciones existen sistemas distintos.

Otro criterio importante es el embriológico. Hay especies y géneros que en su desarrollo embrionario presentan estadios que corresponden á la forma completa y definitiva de otras especies ó género de animales.

Es clásico el ejemplo de la rana y del tritón; los dos son anfibios, pero la rana posee la cola solamente en una cierta época de su desarrollo, mientras el tritón se mantiene caudado durante toda la vida. Por este hecho se da á la rana un puesto más elevado en la escala zoológica. Otro ejemplo lo tenemos en el Anfioxus, el cual inferior de los vertebrados, el cual no posee un corazón verdadero, sino grande número de pequeños bulbos pulsantes, y que no posee tampoco un cerebro. Pues bien, este animal conserva durante toda su vida la cuerda dorsal; ese cordón formado por grandes células, cuyo puesto en los otros vertebrados está ocupado por la columna vertebral en su estado de completo desarrollo, por

este hecho se le puede justamente llamar al Anfióxus el embrión permanente de los vertebrados.

La estatura es un carácter de secundaria importancia: mayor interés ofrece la centralización. En los animales inferiores no existe un centro común de organización; por consiguiente, la dependencia de las partes unas de otras y de todas de un centro único, es un signo de mayor perfección. La vida cuática, el parasitismo son indicios de más baja organización. El principio que ha llevado á formular esos criterios, es el mismo sobre el cual se apoya la teoría evolutiva, el principio de la elección natural, de la adaptación en la continuación y en las modificaciones que experimentan las especies.

Además, del conjunto de las observaciones hechas sobre las condiciones y el modo de ser, de desarrollarse y de reproducirse de todos los seres vivientes, se han sacado algunos principios de aplicación general que se refieren á la influencia del ambiente y del género de vida en la reproducción de las especies.

Yo no he hecho hasta aquí, que sacar las indicaciones sumarias, que se refieren todas á la teoría de la evolución en la biología bajo sus varias formas, y he seguido los principios fundamentales sobre los cuales se basan las modernas doctrinas. He hablado solamente de criterios generales, pues el entrar en el campo descriptivo y comparativo, el estudiar las especies en sus aptitudes, costumbres y modo de ser, sería entrar en campo demasiado vasto para una tesis escolar como esta; me contento de mirarlo de paso; y este modesto trabajo que tengo el honor de presentar, valga como seña del valor grandísimo que

atribuyo al estudio de los fenómenos y de los seres que actúan en el mundo biológico, donde todo el género humano espectador y actor al mismo tiempo, sigue arrastrado en el inmenso y eterno cielo de la materia.

J. Justo Calcinardi.

CRÓNICA UNIVERSITARIA

Continuamos la publicación de las listas de los examinandos aprobados en Noviembre del año pasado :

EXAMINANDOS APROBADOS EN GRAMÁTICA CASTELLANA

Reglamentados

Horacio A. Savió, Juan E. Camou, Inocencio Arrospide, Carlos Britos Foresti, Héctor Anzoátegui, Asdrubal Delgado, Christian G. Schroder, Antonio Peluffo, Antonio Rampini, Roberto J. Boutón, Luis Díaz Romero, Benito D. Lagareta, Alberto Arocena, Carlos Urioste.

Libres

Alejandro Ramos Suárez, Juan Labat, Enrique Reyes, Rito P. Delgado, Tristán Morales, Nicolás Casatroja, José de Sagartizabal, Jaime Arteaga, José J. Souza, Cándido Bañales, Tiburcio Gadea, Felipe Medeiros, Guillermo Búrmester, Alberto Rieck, Luis J. Zicoli, Susano Almada, Arturo Lapujades, Paulina Luisi, Justo José Mendoza, Emilio Amorín, Francisco Techera, Wilfredo Llana, Antolín Dondo, Juan B. Brown.

EXAMINANDOS APROBADOS EN ÁLGEBRA

En esta materia se han inscripto 101, dieron examen 92, se aprobaron 74 y se reprobaron 18.

Reglamentados

Buenaventura Caviglia, Antonio C. Calviño, Francisco García, Antonio Peluffo, Eduardo L. Moratorio, Enrique Donadini, Antonio Rampini, Angel H. Belinzón, Miguel Costa, Florencio G. Ponce, Tula Rovira, Mario Triay, José Ramón Piccardo, Ricardo Abreu, Francisco Serralta, Iride Cassullo, Eduardo Biraben, Lorenzo Belinzón, Eugenio J. Vargas, Alcibiades Montaldo, Luciano Labaure, Aurelio Rodríguez Arocena, Alberto Arocena, Luis M. Moltedo, Cándido Bañales, Juan C. Camou, Rafael E. Rodríguez, Pedro J. Mendiguibel, Justo Aramendia, Luis Díaz Romero, Carlos Butler, Enrique A. Pujadas, Luis Darriulat, Juan Labat, Aquiles Claramunt, Roberto Young, Carlos Urioste, Pedro Amonderajin, Rafael A. Palomeque, Leonidas Carámbula, José Formica Corsi, Pedro Baridon, Juan Mullin, Rodolfo Artagaveytia, Ramón Álvarez, Carlos Urioste, Santos Arribio, Pablo Ferrés, Ernesto Cardenal, Inocencio Arrospide.

Libres

Felipe Medeiros, Antolín San Román, Domingo Mederos, José M. Reyes, Luis Fernández, Eduardo J. Etcheverry, Maria Elena Bürmester, Alfredo Hareau, Ricardo González, Alfredo García Morales, Fructuoso Ardaiz, Willfredo Llana, Emilio Zum Felde, Luis Saavedra, Lucindo de Souza, Juan A.

Fernández, Asdrubal Delgado, Armando Raggio, Ricardo Martirena, Pedro M. Castro, José Mello y Porto, Julián E. Miranda, Casto Domínguez Acosta.

EXAMINANDOS APROBADOS EN LITERATURA

En esta materia han sido inscriptos 122, dieron examen 101, se aprobaron 87 y se reprobaron 14.

1.º año reglamentados

Manuel Pérez, Emilio Cirio, José R. Habiaga, Emilio Sineiro, Doroteo García Lagos, Enrique Pereyra, Fernando Ferrería, Juan Mullín, Alberto Arocena, Luciano Labaure, Luis Cabiglia, Baldomero Cuenca, Rufino Peluffo, Francisco Scafarelli, Luis Castagnetto, Alberto Pérez Montebruno, Aureliano Rodríguez Arocena, Buenaventura Caviglia, Manuel Aznares.

Libres

Emilio Barbaroux, Jaime Nin y Silva, Inocencio M. Arrospide, Pedro Callorda Acosta, Alberto del Pino, Manuel Rodríguez, Carlos Onetto y Viana, Carlos M. Urioste, Erico S. Lavella, José de Sagastizabal, Santiago V. Britos, Valentín Álvarez, Carlos J. Ferrés, Asdrubal Delgado, Félix J. Polleri, Edmundo Escande, Alvaro Papini, Pedro M. Castro, Pedro Aladio, Emilio Frugoni, Guillermo Bürmester, Ricardo Sierra.

(Continuad).